

Una gracia fecunda

Por CARMELA A. NÚÑEZ LINARES

Hay un “virus” que recorre a los cristianos: ¿Otro!?, preguntará usted alarmado y no sin razón. Pues “otro”, además de este que ha causado tantas muertes en nuestro mundo, sería imposible de sobrellevar.

No. No me refiero aquí a SARS-CoV-2, quiero hablarles de otro contagio; eso sí, en tiempos bien dramáticos en los cuales este microorganismo desajustó a todos los seres humanos. Se trata de un virus clemente; de una apertura iluminada a la alegría, la solidaridad, la esperanza... en definitiva, a dejarnos alcanzar por el Amor infinito de Dios.

¿Puede experimentar este tiempo como un abrirse a la Gracia? ¿Puede explorar montañas y acudir presurosa(o) al encuentro de una dicha que le hace exultar plenitud en el servicio, como una Bienaventuranza? Si su respuesta es “sí”, está usted contagiado y lo que es mucho mejor, es un “potencial portador”.

Ahora de seguro se encienden las luces del alma, logro verlas brillar. ¡Cuántas anécdotas pudiéramos contar! Pienso en miles de estrellas que ilustran esta transmisión de buenas acciones; van dándose de manera espontánea en nuestro barrio, en nuestro trabajo, en nuestra casa...

Cualquier contexto es terreno propicio para sembrar valores, menguar distancias, limar agravios, curar heridas, perdonar cizañas; discernir en qué momento del día podemos lanzarnos a la batalla, sin alimentar injusticias, ni promover el hambre de venganza.

Ha sido una pausa difícil, pero espléndida para orar en familia,

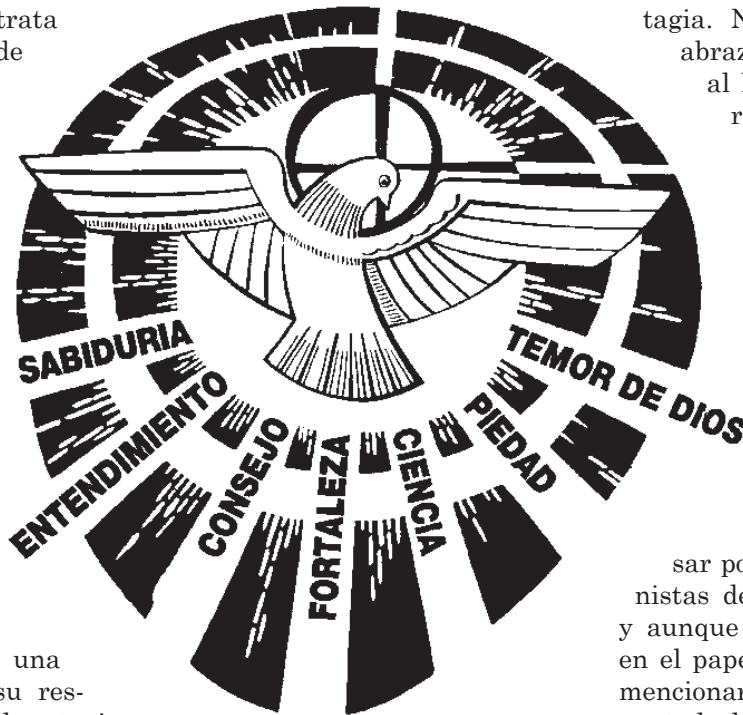
vivamente el profundo anhelo del Espíritu Sacramentado.

Cuando de emergencias se trata y es piadoso menester implorar la salud, que se ve amenazada, podemos revestirnos de una dulce esperanza, porque recordamos que la caridad nos une, y debemos regalarla con ese derecho que nos hace testigos de tan fecunda bonanza. La fraternidad se abre paso en medio de la aspereza, y de veras, es como un virus que contagia. No tengamos miedo de abrazar de este modo seguro al hermano, en su necesaria distancia.

Para muchos, este tiempo ha sido una estación de gracia; porque ha sabido dar frutos en medio de la angustiosa “retirada”. Nos obliga a repensar la vida, a no perder las ganas de seguir preservándola.

Es por eso que no quiero dejar pasar por alto a tantos protagonistas de este “virus” cristiano; y aunque sus nombres no caben en el papel plegado, vale la pena mencionarlos como hizo Jesús, levantado de la tumba, con María de Magdala: “¡Corre, ve y diles que yo he resucitado!”.

Así, hemos sido mentados: ¡mensajeros mundiales del alegre llamado!



para volver a mirarnos, para reencontrar al allegado; o ayudar en silencio al que parecía no estar de nuestro lado, comprender tantos miedos –incluso los no expresados– detenernos también de un andar agitado. Desear, con los ojos cerrados, el sublime alimento hecho pan, transfigurado. Enunciar